



EL
ASESINO
DE COMPARSISTAS
III

EL
ASESINO
DE COMPARSISTAS

III

LA ÚLTIMA CUARTETA

FERNANDO MACÍAS GROSSO

El asesino de comparsistas III: La última cuarteta

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2018, respecto a la tercera edición en español, por:

© Fernando Macías Grosso
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103286
ISBN e-book: 9781524303570
1ª edición: noviembre 2017
2ª edición: diciembre 2017
3ª edición: enero 2018

Maquetación: Alex Vollmer
Corrección: Sara Díaz Mata
Ilustración de cubierta: Marta Pombo Grosso
Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*A la luz de Cádiz,
que siempre resurge de entre sus mares*

*«Resuenen rayos y truenos,
que se despierten las olas,
que está muy triste mi Cai, llora.
Que hablen ya tus campanas
desde El Pópulo hasta El Carmen,
que yo quiero viva
y otros quieren enterrarte».*

Comparsa El Brujo

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera ficticia. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia.

Prólogo

CÁDIZ, 16 DE JULIO DE 2016

1:28 A. M.

Sentía hambre, mucha hambre.

Esa noche decidí que tenía que abandonar mi cueva, mi hogar, mi charca y marcharme de La Caleta. No había vuelta atrás. Desde que aquel humano hizo añicos una de mis pinzas, el resto de cangrejos no había parado de mofarse de mí. Fui discriminado en fiestas, bacanales y otros eventos que se celebraban entre nuestras charcas. Me habían echado hasta de mi comparsa. Claro, cómo iba a hacer el punteado con una sola pinza...

Era un apestado.

Esa noche abandoné la playa sin mirar atrás y me fui con lo poco de valor que tenía a mis espaldas. Días antes había trazado la ruta de mi éxodo. Tenía que ir por tierra firme. No era seguro bordear la costa. Mi destino estaba al norte, no sabía muy bien dónde, pero iría al norte. Había oído de una tierra llamada Euskadi, quizá fuera algo parecido a Cádiz, aunque con algo más de frío. No tenía mucha más información.

Para mi viaje, llevaba tiempo observando a un renacuajo de ser humano que venía a menudo a las rocas con su hembra a aparearse —o lo que sea que hagan esos animales de escasa inteligencia—. Casi siempre llegaban a la misma hora y, sobre la misma hora también, ambos se montaban en una motocicleta y desaparecían de la playa.

Aquella noche los esperé, agazapado, tras una de las ruedas del vehículo y, cuando estaban a punto de marcharse, aproveché para engancharme a un trozo de tela que cubría las extremidades inferiores de la mujer.

Creí que me moría.

Jamás había viajado a esa velocidad. Cada curva que tomaba era más cerrada que la anterior, pero logré sobrevivir. No sé cómo, pero lo hice. Cerré los ojos y me dejé llevar. Sentía que volaba. Podía tocar con la punta de mis pinzas la libertad hacia la que marchaba.

Un rato después, el macho dejó a la hembra en su cueva: una enorme torre que hacinaba a cientos de su especie en un minúsculo espacio. Al bajarse ella, logré soltarme de su falda y corrí todo lo que pude hasta encontrar un sitio seguro. Tenía que evitar que cualquier humano me descubriera. Ya sabía de lo que eran capaces esos seres sin sentimientos.

Pude ver que el mar seguía acompañándome en el viaje. Lo vi al frente y fui directo hacia él. Mi sorpresa llegó cuando observé una gigantesca construcción que sobrevolaba las aguas. Era lo que llamaban «puente». La verdad es que era colosal, no había visto algo así en mi cangreja vida y no tendría más remedio que cruzarlo si quería seguir avanzando.

Estuve esperando un rato, por si algún humano me hacía de transporte; sin embargo, los pocos vehículos que pasaron delante de mí no se detuvieron. La humedad había comenzado a calar y no había traído nada con lo que abrigarme, así que decidí cruzar el puente con mis propias patas para entrar en calor. Corría el

riesgo de ser descubierto, pero, en ese momento, nada ni nadie podría detenerme.

A base de mucho esfuerzo y velocidad, logré llegar casi a la mitad del puente. Fue entonces cuando un vehículo negro se detuvo a escasos metros de mí. Conducía una mujer de blondos cabellos que parecía mirar en mi dirección. Mi instinto de supervivencia se activó y, con suerte, pude esconderme detrás de un cono naranja que había sobre el asfalto. Tras la sombra que proyectaba el cono, provocada por los faros del coche, me sentí seguro.

Al echar un vistazo, observé a la humana bajarse del coche. Parecía algo desorientada, como si no supiera cómo había llegado hasta allí. Tenía el rostro triste y no dejaba de llorar. ¿Estaría ella a punto también de dejar Cádiz para siempre?

Pronto, comprobé que no me había visto, no venía a por mí y respiré algo más aliviado. La mujer llevaba una soga en las manos y se dirigía al borde del puente, donde ató un extremo tras varios intentos. Cuando se aseguró de que el nudo no iba a soltarse, trepó por el quitamiedos, logró ponerse de pie sobre él y observó las luces de la ciudad.

Pasados unos segundos de total incertidumbre, se llevó el otro extremo de la cuerda al cuello y se ajustó un nudo sobre él. No había dudas de que estaba dispuesta a saltar al vacío con la soga al cuello.

Cuando fui consciente de ello, salí de detrás del cono e intenté dialogar con ella. Le dije en todos los idiomas que conocía que ni se le ocurriera lanzarse, que la vida era muy bella como para hacer esa locura. Le rogué que, si acaso, dejara la ciudad atrás, como yo, que quitarse la vida nunca era una opción. Pero no parecía oírme. Estos humanos, como siempre, jamás escuchan.

—¡En Cádiz hay que vivir, no morir, señora! ¡En Cádiz hay que vivir! —exclamé, sin obtener más respuesta que el silencio.

Lancé un grito sordo al ver que ponía los brazos en cruz y dejaba su cuerpo a merced de la gravedad. Como pude, trepé por la soga justo cuando sus pies se separaban del puente y comenzaba a caer. Llegué hasta la cima del quitamiedos y escuché un crujido que me hizo detenerme en seco, sin embargo, reanudé el paso y bajé a toda velocidad por la cuerda.

Al llegar hasta ella, pude oír como la mujer emitía unos angustiosos aullidos de agonía. Sus ojos estaban inyectados en sangre y la piel había comenzado a tornar a un color púrpura que nunca había visto en estos seres. Con la única pinza que tenía, comencé a cortar la soga, intentando liberarla de la opresión en su cuello. Pensé que, si la cortaba, caería al agua y podría salvarla de la muerte. Por ello, puse todo mi empeño en cercenar esa especie de horca.

Después de muchos segundos intentando cortar la soga, apenas había podido hacerle ligeros rasguños. La impotencia me embargó, pero no me rendí y me mantuve en mis trece hasta que alguien, arriba del puente, comenzó a tirar de ella; hacía tiempo que la mujer había dejado de respirar.

Al llegar a la superficie del puente, uno de los hombres que tiraban del cuerpo me agarró por la espalda, me observó con cara de asco y creo que intentó comunicarse conmigo.

—¡Maldito cangrejo moro!, ¿qué coño haces tú aquí? —dijo, echándome su pestilente aliento en la cara, para luego lanzarme con todas sus fuerzas puente abajo.

Ante aquel ataque, no pude más que proferirle una batería de insultos, todos ellos irreproducibles e intraducibles al idioma humano, pero altamente ofensivos. Mientras caía, recé oraciones a todos los dioses habidos y por haber, aunque estaba seguro de que no iba a perder la vida.

No ese día. Al fin y al cabo, no tenía donde caerme muerto.

Capítulo 1

EL PUERTO DE SANTA MARÍA, 12 DE JULIO DE 2016
9:16 A. M.

El comisario Álvaro Estrada caminaba, decidido, hacia la entrada del presidio con un paso más rápido de lo que era habitual en él, su respiración lo delataba. Repasaba mentalmente todo lo que había sucedido los días anteriores, sin dar aún crédito. De vez en cuando, la imagen de los ojos de Saúl lo asaltaba como un relámpago cegador y lo dejaba sin aliento.

Estrada quería ser el primero que le diera la noticia del secuestro de la inspectora Jenifer Medina a su compañero. Era, sin lugar a dudas, su forma de disculparse. Unas disculpas que hubiera deseado no tener que pedir.

Avanzaba intentando recolocarse el cuello de la camisa y tomando aire a trompicones, como si le costara respirar el aire turbio que desprendía aquel lugar. En la puerta le esperaba el director de la prisión, Pedro Novoa. Este portaba en una mano el periódico de la mañana y comparaba la imagen de aquel agente

caminando en su encuentro con la que aparecía en la portada del periódico.

Nadie hubiera dicho que eran la misma persona.

La imagen de Estrada de uniforme, con gesto imperturbable y rodeado por un círculo de micrófonos y periodistas, chocaba con la de aquel hombre preocupado, roto y solitario que marchaba en su dirección con cierto vaivén desorientado y con sus pensamientos en quién sabe dónde.

Novoa le estrechó la mano y le dio la bienvenida a su centro penitenciario. Estrada solo le devolvió un austero gesto con la cabeza y un leve apretón de manos, que el director no supo si se lo dedicaba a él o a sus reflexiones.

—Espero que pronto den con ese asesino y que la inspectora Medina vuelva a casa, comisario —dijo Novoa, señalándole el camino con el periódico doblado en dos mitades.

—Gracias —repuso Estrada, intentando calmar la sed de su pecho con un golpe de pulmón que sonó a suspiro.

Aunque su cuerpo estuviera presente, estaba claro que su mente no se encontraba allí. Sus pensamientos estaban preparando sus palabras y, probablemente, algo más.

—Ah, se me olvidaba —tomó aire antes de continuar, sus pulmones le pedían más oxígeno—, aquí tiene la orden del juez para liberar al inspector Alejandro Cobalea.

—Aceleraré el papeleo todo lo posible, comisario —dijo el director, tomando el papel y echándole un rápido vistazo. Todo estaba correcto.

—Pero no hace falta que corra demasiado, director.

Estrada lo miró por primera vez a los ojos. Había conseguido dominar algo su pulso. Su mirada cansada y sus movimientos con las manos se convirtieron en un enigma que el director de la cárcel resolvió rápido.

—Entiendo, comisario. Víctor le acompañará hasta la celda de inmediato, si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Gracias, director —dijo Estrada, despidiéndose y secándose el sudor que brotaba de su frente.

La imponente cárcel parecía tranquila. El módulo al que se dirigía estaba compuesto, en su mayoría, por presos considerados de bajo riesgo. Casi todos eran ladrones de guante blanco: políticos, carteristas y algún que otro tuitero que se había pasado de listo haciendo chistes sobre Franco, Carrero Blanco o la monarquía.

Avanzó en un pasillo lleno de celdas, donde tuvo que cruzar algunas miradas inquisitivas y otras de indiferencia. Todo el mundo lo conocía, no dejaba de salir en los medios, y en la cárcel había mucho tiempo para leer y ver la televisión.

Al llegar a la celda donde había estado incomunicado el inspector Alejandro Cobalea, el comisario ordenó con la mirada al funcionario que le acompañaba que la abriera y se alejara.

—Como usted mande, señor comisario.

Estas palabras alertaron al reo, que dormitaba con una novela entre las manos. Este dio un brinco al distinguir la figura de su superior, y de un salto se colocó frente a los barrotes, dejando el libro por los suelos.

—¿Qué ha pasado, comisario? ¿Habéis podido dar con Jenifer y con Saúl? ¿Dónde está la inspectora, por el amor de Dios? —Más que una serie de preguntas sonaron como súplicas al mismísimo cielo. Al comisario se le instaló un nudo en la garganta que le acompañaría durante el resto del día.

—Tranquilícese y apártese de la puerta, inspector. Le responderé a todo esto, pero sin barrotes de por medio. ¿De acuerdo?

Alejandro comenzó a hacer elucubraciones de todo tipo, cada una más desconcertante que la anterior. El rostro rollizo y cansado de Estrada le enervaba. Su sigilo no decía nada bueno. No sabía si era calma o incertidumbre lo que pretendía conse-

guir con su forma de actuar. Intentó buscar en la negrura de sus ojos alguna respuesta, pero no halló más que tiempo perdido.

—¡Solo dígame si Jenifer está bien, comisario, por favor!

Estrada cerró la puerta tras de sí, y esta protestó con un chirrido agudo.

—No lo sabemos, inspector —dijo, sin poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo que no lo saben?

El comisario le posó la mano en el hombro, intentando transmitirle confianza, pero este le apartó el brazo.

—¿Qué quiere decirme con eso? ¿Cómo que no lo saben? ¡Comisario, por favor!

—Alejandro, han secuestrado a la inspectora. —Su tono de voz apesadumbrado retumbó en las paredes de la celda, y el comisario acabó agachando la cabeza y negando—. Se la ha llevado Saúl. Se la ha llevado ese malnacido. Él era el maldito asesino de comparsistas, aunque creo que eso ya lo sabías.

El comisario sentía que la responsabilidad de todo aquello era, en gran medida, suya. No paraba de repetirse que podría haber hecho algo más. No le había prestado al caso toda la atención que requería. Tenía los hombros exageradamente caídos, como si esa carga fueran plomadas que colgaran en su espalda. La sequedad de sus ojos, su pelo grasiento y el cuello de su camisa decían que llevaba muchas horas sin poder cerrar los ojos más de diez minutos seguidos.

Alejandro no movió ni un músculo. En efecto, sabía quién estaba detrás de todo desde que Soledad vino a visitarle a prisión, lo que no sabía es cómo había acabado. Cuando pudo reaccionar, el inspector soltó un alarido y golpeó su cama con tanta fuerza que la almohada salió disparada hacia un pequeño tragaluz que había en la pared.

—Inspector, estamos haciendo todo lo posible para dar con ella —apuntó el comisario—. Saúl es el hombre más buscado del país en este momento. Estamos poniendo España patas arriba para dar con él. Además, el inspector Federico Torres se ha hecho cargo del caso.

Al oír el nombre de la persona que había comenzado a dirigir el operativo recuperó algo de aliento y de cordura. Aquel inspector era uno de los mejores investigadores del país. Su currículum le había hecho colaborar en muchos casos a lo largo de todo el mundo, y con gran éxito. El último, el rapto de un embajador sueco en Francia por un grupo islamista.

—Gracias —fue lo único que pudo decir Alejandro, que intentó recordar el rostro de Torres sin mucho éxito, sus pensamientos estaban tan turbios como las aguas que bajaban por las cañerías.

—No me las dé las gracias a mí. Ha sido el propio inspector Torres quien ha movido cielo y tierra para llevar el caso. No hemos podido decirle que no, es un experto en secuestros.

—¿Y sabe usted por qué lo ha solicitado? —preguntó extrañado Alejandro, que no entendía muy bien cómo un investigador como Torres había requerido con tanto ímpetu llevar el secuestro de la inspectora Jenifer Medina.

—No tengo ni la menor idea. Pero no se preocupe, ya tendrá tiempo de preguntárselo en persona.

—¿Quiere decir que saldré de aquí?

—Por supuesto. No hay nada que lo incrimine, es usted libre. Estudiamos las cámaras de seguridad del campus de estudios del Carnaval de Cádiz. La persona que entró con su rostro no tenía su estatura. Esta coincide exactamente con la altura de Saúl. No tenemos duda de que fue él con una de sus máscaras.

Aunque eran muchos los datos que el inspector estaba recibiendo, poco a poco, pudo hacerse una composición mental de

la situación actual. Sin duda alguna, la prioridad debía ser liberar a Jenifer como fuera.

—¿Y puedo saber cuándo saldré, señor comisario?

Los ojos de Estrada al fin brillaron con cierta luz de esperanza.

—Acabo de entregarle la documentación al director, mañana a primera hora estará fuera y libre de cualquier cargo. Solo quiero decirle que lo siento. Siento haber dudado de usted. —Por unos segundos, solo oyó el sonido que venía del exterior. —Siento también la muerte de su padre. Siempre se van los que no tienen que irse, y se quedan los que no merecen estar.

—No hay nada que sentir, comisario. Usted no tuvo la culpa, usted no apretó el gatillo.

Aquellas palabras sirvieron de vago consuelo a la mala conciencia del comisario; una conciencia que tardaría tiempo calmar.

—Atraparemos a ese hijo de puta y colgaremos su cabeza en las Puertas de Tierra, inspector. No le quepa duda. Tiene mi palabra. Jamás he dicho nada tan en serio. ¡Lo colgaremos!

La cólera corría por su cuerpo como un banco de miles de tiburones hambrientos. El inspector intentó aplacarla. Ahora más que nunca necesitarían la sensatez y el temple del comisario. No podía permitir que se dejara llevar por la ira.

—Mejor lo encerramos en una celda incomunicada, donde solo pueda escuchar cuplés de comparsas, ¿le parece, comisario?

Una sonrisa se coló en el rostro de Estrada. Recibió las palabras de Alejandro como una aceptación a sus disculpas.

—En ese caso, no sé si yo preferiría mejor la pena de muerte. —El comisario agradeció la broma con una palmada—. Torres quiere que vaya a hablar con él cuando esté preparado —dijo, algo más animado.

—Por supuesto. Será lo primero que haga cuando salga de aquí.

El ruido de una cañería se colaba de entre las paredes, alguien había tirado de la cisterna más arriba. Solo el que había accionado el sistema de vaciado del váter sabía exactamente qué bajaba por esos conductos.

—Hay otra cosa que necesito decirle, inspector. La chica que le visitó en prisión, Soledad Nebot.

—Sí, ¿qué ha pasado con ella, comisario? —Alejandro se sintió fatal por no haber preguntado por ella. Sus pensamientos solo estaban con Jenifer. No podía perdonárselo.

—La han encontrado con un tiro en la espalda, está en coma. Un agricultor dio con ella poco después de escuchar varios disparos en sus tierras. Está viva de milagro. No debería haberla metido en todo esto.

El rostro de Alejandro palideció en cuestión de milisegundos. En otras circunstancias, hubiera culpado a su padre de lo sucedido a Soledad, pero sabía que eso no era así. El inspector tenía razón, había sido muy imprudente al involucrarla en todo este lío.

—¡Joder! —maldijo este—. No tuve más remedio, comisario. Hubiera ido yo si no hubiera estado entre rejas. Fue culpa mía, comisario, no tenía tiempo que perder. Lo único que intenté fue poner a la inspectora sobre aviso.

Estrada escrutó sus gestos y le lanzó una mirada de indulgencia.

—Todos tomamos medidas desesperadas en momentos desesperados. No se preocupe por eso ahora —le sugirió—. La tenemos con protección policial las veinticuatro horas del día en el hospital donde está ingresada. Hemos montado un dispositivo de seguridad especial, por si a Saúl le diera por visitarla. Si sale de esta, quizás pueda contarnos algo que nos sirva para dar con la inspectora.

—¿Creen que se recuperará? ¿Qué dicen los médicos de su estado?

—Los médicos han hecho un excelente trabajo y son optimistas; pero no podemos descartar nada, perdió mucha sangre y está viva gracias a los médicos que la atendieron, ni Dios ni ningún santo hubieran podido hacer nada.

Alejandro arqueó en sus labios algo parecido a una sonrisa amarga.

—¿Podré trabajar con él? Con Torres, me refiero... —Llevaba tiempo aguantado esa pregunta. La cara que puso Estrada no era muy halagüeña.

—Ya hemos corrido muchos riesgos, inspector. Sabe de sobra cómo trabajamos. Si le dejo participar en el operativo, me juego el puesto. Su implicación emocional con la secuestrada, su relación previa con el secuestrador... ¿Quiere que siga?

Alejandro se llevó la mano a las sienes, como intentando querer liberarse de una leve jaqueca.

—No hace falta, puedo hacerme una idea.

—Tómese unas vacaciones hasta que todo esto se solucione. Creo que es la mejor opción. El caso está en las mejores manos posibles y, hágame caso, no es una frase hecha y relamida.

La incertidumbre se instaló en los gestos de Alejandro. ¿Estaba hablando el comisario en serio?

—Con todos mis respetos, comisario Estrada. ¿De verdad piensa que voy a tomarme unas vacaciones tal y como están las cosas? ¿Cree que en medio de todo esto voy a coger un crucero para visitar las islas griegas o hacer un safari por la sabana?

—Es una orden —reiteró el comisario. Había algo extraño en su tono de voz—. Lo que haga durante las vacaciones no es tema mío. Puede irse a la sabana, a asar caballas a La Caleta o buscar la Atlántida. No sé si me entiende, inspector.

—Creo que sí... —dijo Alejandro, algo desconcertado.

¿Qué quería decir Estrada con aquello? ¿Qué se alejase del caso o que echara una mano sin hacer mucho ruido? No tenía muy claro nada. ¿O sí?

Estrada le tendió la mano para que se la estrechara, pero Alejandro se la retiró y le dio un abrazo.

—Gracias, comisario.

Capítulo 2

CÁDIZ, 12 DE JULIO DE 2016

9:48 A. M.

Federico Torres era natural de Granada, su edad era más secreta que su número de amantes. No llegaba a medir más de un metro sesenta, pero todo el mundo encogía en su presencia. Aquella mañana de verano vestía pantalones de lino, camisa y chaqueta del mismo material. Todo excepcionalmente planchado. Ni una arruga en sus ropas y ninguna arruga en su rostro, aunque se sospechaba que iba camino de los cincuenta. Unos decían que la juventud de su piel era debida a que jamás se le había visto sonreír, otros que tenía origen en su pasión por los deportes extremos a bajas temperaturas. Nadie sabía en realidad cuál era su secreto.

Llevaba encerrado en su nuevo despacho de la comisaría de Cádiz más de trece horas desde que el comisario Estrada se lo asignó. No había salido de él ni para ir al baño. En una pizarra había hecho un mapa del caso, en otra intentaba trazar el perfil del secuestrador al que se enfrentaba.

Estaba con los brazos en jarras frente a una fotografía de la inspectora Jenifer Medina que colgaba de una chincheta. Era una fotografía en la que la inspectora vestía de deporte y tenía el pelo recogido en una cola. Parecía una foto antigua, el papel estaba un poco amarillento por los bordes. Torres llevaba en esa posición más de media hora. No movía ningún músculo, parecía una estatua humana. Si hubiera estado en alguna plaza de Cádiz, sin lugar a dudas, la gente le hubiera empezado a echar monedas desde hacía tiempo.

Como si hubiera salido de un trance, sacó su teléfono del bolsillo e hizo una llamada en la que solo dijo monosílabos y colgó. Pasados varios minutos, alguien llamó a la puerta y soltó un «pase» que sonó militar.

La que cruzó el umbral de la puerta fue Olga Núñez, que traía una montaña de documentos relacionados con Saúl y el caso de «El asesino de comparsistas».

—¿Está todo lo que he pedido? —preguntó Torres sin dejar de mirar la fotografía de Jenifer, que se zarandeaba a causa de una corriente de aire.

—Por supuesto, inspector. ¿Necesita algo más?

El inspector buscó los ojos de Olga y la agente, aún en prácticas, hizo una mueca de nerviosismo con la boca.

—¿Es usted Olga Núñez?

—Sí, señor.

Torres inspeccionó de arriba abajo a aquella chica que, nerviosa, cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra, cargada con el montón de papeles.

—De acuerdo. Gracias, deje eso sobre mi mesa. Luego, puede marcharse.

Hasta aquel momento, el inspector recién llegado de un viaje en Latinoamérica había preferido trabajar solo. Era su forma de enfrentarse a los casos. Solo delegaba algunas tareas, pero el peso de la investigación siempre cargaba sobre sus hombros sin ayuda de ningún escudero.

Había un grupo de cincuenta personas atendiendo al número de teléfono especial que se había habilitado para que llamara cualquiera que tuviera alguna pista sobre la secuestrada o el secuestrador. Hasta el momento, no habían recibido ninguna llamada relevante.

Torres convino que en este secuestro iba a necesitar ayuda. Fue por eso que descolgó el teléfono e hizo una llamada al comisario Estrada, que en aquellos momentos regresaba de la penitenciaría.

—¡Inspector Torres, dígame! ¿Me llama para comunicarme algún avance? ¿Ha llegado alguna pista por teléfono? Eso me haría muy feliz en estos momentos... —oyó este al otro lado de la línea.

—Comisario, lo siento, aún no tenemos nada. Pero le aseguro que no vamos a tardar mucho en dar caza a ese secuestrador y liberar a la inspectora Medina.

—No tengo duda de ello, inspector Torres. Dígame entonces para qué me llama.

—Quiero a Olga, comisario.

Estrada tardó algo en responder.

—Pero... Olga es una agente en prácticas. No sé si es la mejor para este caso.

—Quiero a Olga, gestiónelo. He leído sus informes y creo que tiene un gran potencial —precisó antes de colgar sin ni siquiera despedirse.

Torres había tenido una especie de conexión con la joven aprendiz. Confiaba en su valía. Nunca había aceptado formar a nuevos reclutas. Posiblemente, porque el primero que formó dupla con él acabó repudiándolo por su carácter y sus excentricidades.

Instantes después de la llamada, Olga se presentaba de nuevo frente al inspector, esta vez como su nueva ayudante. Torres la saludó con un apretón de manos que ella no supo si era cálido o

frío. Quizás tenía de ambas cosas. Si antes había estado nerviosa al darle los papeles sobre Saúl, ahora que estaba al tanto de que había solicitado expresamente su colaboración, no sabía cómo disimular su excitación. Era como si hubiera mezclado varios cafés con el consumo de algún excitante más.

—Olga, quiero que seas mi ayudante en el caso. Voy a necesitar a alguien de confianza y creo que esa puedes ser tú. ¿Estás de acuerdo?

—Pero ¿por qué yo, inspector?

—¿Crees que debo buscar a otra persona?

—No, no. Para nada. Aquí tiene a su ayudante para lo que necesite —subrayó, haciendo una reverencia que hizo que Torres ladeara una sonrisa.

—Olga, he terminado de leer los informes y estoy al día de todo. Sinceramente, el caso está muy enmarañado. Aunque sabemos cuál es la identidad del secuestrador, las cámaras del hotel y del campus de estudios del Carnaval de Cádiz han confirmado nuestras sospechas: esa alimaña sabe esconderse. He comprobado el nivel de perfección de sus máscaras y puedo decirte que jamás había visto algo parecido. Si queremos dar con la inspectora, tendremos que hurgar en su pasado, debe haber alguna pista que nos lleve a él. Es en eso donde necesito tu ayuda. No puedo perder el tiempo en desempolvar archivos.

Olga solo asentía. Tenía la impresión de que Torres solo le estaba ofreciendo sus conclusiones, que consideraba muy acertadas.

—¿Qué puedes decirme sobre Saúl que no venga escrito?
—quiso saber Torres, posando el trasero sobre su escritorio.

—Pues, en primer lugar, gracias...

—¿Qué puedes decirme del secuestrador, Olga? No tengo tiempo que perder. Los agradecimientos, si quieres, cuando atrapemos a ese hijo de puta.

Olga tragó saliva e intentó disimular el tremolar de sus labios.

—La verdad, para mí Saúl era un chico un poco extraño. En las distancias cortas era... cómo decirle... perturbador. Esa es la palabra: perturbador. Coincidí con él en una guardia y tuve la impresión de que cada cosa que me decía era ficticia. Vivía en otro mundo que parecía inventado. Me dijo que siempre había soñado con su puesto de policía científico, pero sin demasiada convicción, como si hubiera ensayado un discurso. Pienso mucho en aquella conversación desde entonces.

El inspector no hablaba. Tenía puesta su mirada en la pizarra donde había querido esbozar el perfil del asesino. Olga no sabía si le prestaba atención o si estaba pasando de ella. Calló por un momento al creer concluida su respuesta, pero el inspector volvió a preguntar de inmediato.

—¿Cómo era Saúl en la comisaría? ¿Qué actitud tenía?

—En el día a día, pasaba desapercibido. Le diría incluso que muchos de sus compañeros tenían la impresión de que era un objeto más del laboratorio. La gente llegaba a su zona de trabajo, le daba lo que fuera y luego él le entregaba los resultados. Poco más. A mí me daba algo de pena, la verdad. Aunque los compañeros siempre fueron muy respetuosos con él.

—Según un informe, se le insinuó en esa ronda que compartieron —precisó Torres, que se había girado para volver a mirarla.

—Bueno, solo me dijo que era guapa. No pasó de ahí. Estuvimos hablando y la conversación se prestó a ello. Le mentiría si le dijera que recuerdo su voz. Creo que fue de las pocas veces que intercambié alguna palabra con él.

—Entiendo —expuso Torres, haciendo una pausa y revisando su teléfono. No había llamadas—. Parece que ese malnacido tiene buen criterio con las mujeres —dijo el inspector, que hizo un amago de sonreír que desconcertó a Olga.

Ella solo emitió una sonrisilla mientras veía que Torres se volvía a acercar a los documentos que había traído hacía un momento. En ellos se encontraban algunos de los documentos de su ingreso en el cuerpo y un informe policial con su historial completo.

—Haz una copia a esto y veamos qué encontramos aquí. Tenemos que saber por qué está haciendo lo que hace.

—De acuerdo, inspector.

Capítulo 3

CÁDIZ, 12 DE JULIO DE 2016

10:31 A. M.

Federico Torres era un inspector sin vicios conocidos. El alcohol y el tabaco eran cosas de las que huía como de la peste. No había evidencias del consumo de otras sustancias y las pruebas de drogas, tanto las periódicas como las sorpresas, las había pasado más limpio que una patena. Era por ello que su capacidad para no dormir en días era mirada con cierta suspicacia por algunos de sus compañeros. Algunos de ellos, adictos al alcohol o a la cocaína, no podían creer que su aguante no estuviera relacionado con alguna sustancia legal o ilegal.

—¿Sabes algún lugar donde poder comprar un Monster, Olga?

—Sí, aquí al lado, ¿por qué? —repuso la agente, que había dispuesto en orden todos los papeles que acababa de fotocopiar sobre la mesa.

—Necesito uno. Me ayuda a concentrarme —dijo, queriendo excusarse. Aquellas bebidas no tenían muy buena reputación. Taquicardias, insomnios, e incluso infartos, eran algunos de los

efectos secundarios que, se decía, podían provocar según los especialistas.

—¿Alguno en especial? —preguntó Olga, que conocía aquellas bebidas y sabía que se identificaban por los colores.

—El azul, por favor.

—Yo también tomaré uno de esos. Puede ser que así me convierta en una investigadora tan famosa como usted —propuso Olga, que no sabía cómo el inspector se iba a tomar la broma.

—Has descubierto mi secreto, pero no se lo vayas a contar a nadie, ¿de acuerdo?

¿Había sonreído? Quizás aquella mueca que hizo su rostro era lo más cercano a una sonrisa que había visto de su parte.

—No se preocupe, inspector. Su secreto está en buenas manos —repuso, guiñándole un ojo.

Entonces sí, entonces, sonrió de verdad.

Poco después Olga apareció con una bolsa blanca que dejaba ver al trasluz las dos bebidas. Cada uno abrió la suya y con ella comenzaron a leer los diferentes documentos que habían podido conseguir sobre el pasado de Saúl, la parte más difusa de su vida. No había muchas referencias ni informes extensos. Todo lo que habían hallado eran documentos burocráticos.

En aquellos papeles oficiales encontraron muchos datos y evaluaciones que atrajeron la atención del inspector. Según una evaluación previa al ingreso en el cuerpo, el agente Saúl Sánchez destacaba por su habilidad para la resolución de problemas y el uso de la lógica. Los test de personalidad destacaban el perfil de una persona firme y, según el firmante del documento, «de convicciones inquebrantables». Torres lo veía como un eufemismo para hablar sobre obediencia.

—Olga, necesito que solicites la partida de nacimiento y la de adopción de Saúl.

—Eso está hecho, inspector Torres. ¿Necesita algo más?

—De momento, eso es todo. Exige que nos las envíen por correo electrónico y que tienen máxima prioridad. Si te ponen trabas, llama a este número y pregunta por Luisa de los Reyes. Ella te lo dará todo.

—¿Qué cree que puede encontrar en ellos, inspector? —inquirió Olga, que no dejaba de anotar los requerimientos de Torres.

—No lo sé, pero voy a empezar desde el principio. La experiencia siempre me ha demostrado que para extirpar la mala hierba hay que escarbar hasta la raíz. No hay otra forma —subrayó estas últimas palabras haciendo como que arrancaba algo del suelo.

—De acuerdo, inspector. Voy a contactar con esta señora y le hago saber de inmediato cuándo recibiremos la documentación.

—Dile que Federico Torres le manda besos.

Torres no dejaba de sorprenderla. ¿Era solo una fachada de inspector duro? ¿Había ternura tras ella? Con esas preguntas abandonó el despacho y volvió con ellas al cabo de quince minutos y con un halo de frustración.

—Malas noticias, inspector Torres. Van a tardar tres días. La mayoría de funcionarios está de vacaciones —dijo Olga, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Con quién has hablado, Olga?

—Con un tal Rodrigo Sarabia, uno de los encargados del Registro Civil; al parecer, Luisa de los Reyes se ha tomado el día de asuntos propios.

Torres sabía muy bien a qué dedicaba Luisa los días de asuntos propios.

—Déjame que lo intente yo —dijo, sacando su teléfono y buscando en su agenda de contactos. No tardó en encontrarla y en que ella le descolgara el teléfono.

—Luisa, soy Federico Torres, de la Policía.

—Dime, Federico. ¿Qué sucede, corazón?

—Nada, hija. Necesito un par de documentos de manera urgente, pero me han dicho que estás de día de asuntos propios.

—Sí, hijo, sí. He tenido que venir a renovar el DNI y de paso me he venido a comprarme un conjunto de ropa nuevo. Pero no te preocupes, sabes que te echaría una mano, aunque me trasladaran a los confines del universo conocido.

—Gracias, Luisa.

—No me meterás en líos, ¿verdad? No está la cosa para follones.

—Es algo gordo. Lo necesito. Pero no habrá líos, te lo prometo. ¿Alguna vez te he metido en líos yo?

—No me busques la lengua, Federico. Que nos conocemos. Anda, dime qué es y a quién buscas.

—Pues me hace falta la partida de nacimiento y de adopción de Saúl Sánchez.

—¿El asesino de comparsistas?

—Ese mismo.

—¿Y por qué recurres a mí? ¿Por qué no los solicitas formalmente?

—Porque las formalidades me desesperan.

—Por eso nunca quisiste nada formal conmigo, ¿verdad?
—Aquel reproche sonó sincero.

—Lo formal no va conmigo, ya lo sabes.

La línea sonó vacía unos segundos.

—Vale. Te lo envió ahora mismo. Pero quiero que me pongas como prioridad en tus informalidades, ¿te ha quedado claro?

—Gracias, Luisa.

—Ya le darás las gracias a mi entepierna.

El inspector colgó y observó a Olga, que terminaba de subrayar varios datos de los informes. El sonido de una notificación

Llegó al teléfono de Torres, era un correo electrónico con los documentos que había solicitado.

—Lo tenemos.

—Eres rápido —dijo Olga, que no podía creer que ya estuvieran los documentos en su poder.

—Debemos serlo, si no, ese criminal siempre irá por delante de nosotros. Ese asesino de comparsistas nos lleva mucha ventaja.

La siguiente media hora estuvieron leyendo y sacando conclusiones sobre los papeles que acababan de recibir. Sin lugar a dudas, podían ser muy relevantes. En la partida de nacimiento se indicaba el nombre de los padres biológicos: Beatriz Montelongo e Ignacio Osborne. Según ese documento, la mujer había tenido el hijo en casa. Una partera con el nombre de Lourdes M. firmaba la conformidad del documento.

—Búscame toda la información posible sobre este matrimonio —ordenó Torres.

No era un secreto entre sus compañeros que Saúl fue adoptado, pero tampoco era algo que todos conocieran. A algunos es que ni siquiera les había interesado nada de aquel muchacho hasta entonces. Quizás no fuera relevante para el caso ese dato, pero la intuición de Torres le hacía creer todo lo contrario.

La cafeína y el aire viciado de la estancia habían comenzado a hacer mella en el inspector. Eran muchos datos que asimilar y muchas incógnitas revoloteando en una atmósfera cada vez más turbia.

—Olga, necesito salir a tomar el aire. En cuanto sepas algo de los padres de nuestro asesino, me avisas.

—Por supuesto, inspector.

Torres dejó atrás la comisaría y fue a caminar por el paseo marítimo. El verano llenaba la playa de bañistas y todos ellos eran ajenos a lo que ahora mismo estaba sucediendo en su cabeza.

La luz refulgía en el mar y el sonido de las olas llegaba muerto a sus oídos. Un pequeño corro de amigos entonaba una canción a su paso.

*Yo tiro piedras al viento.
Al viento tiro mis piedras.
Que se ofenda quien se ofenda,
las recoja quien las quiera.*

Torres decidió tomar asiento en un banco que miraba al océano. La canción seguía y decidió perderse en su letra y su melodía. A cada estrofa y a cada cuarteta se sentía más atraído. Había algo en esa música que le removía por dentro. Una sacudida al alma.

*Cuando venga el levante, dile, mi vida,
cuando venga el levante, dile, mi vida,
que no despierte a Cádiz, que está dormida.
Carnaval, como un vendaval,
ya viene soplando
para llevarse pronto todo lo amargo.*

Cuando los sones se apagaron, se puso en pie y aplaudió, como parte de la playa que rodeaba al grupo. Decidió, en ese momento, que necesitaba saber cómo se llamaba esa canción, bajó del paseo y se dirigió a la playa por una pasarela de madera.

—Disculpe —interrumpió el inspector.

—Sí, dígame.

—¿Cómo se llama la canción que estaban cantando?

—¡Ah! ¿Esta última? Es parte de una comparsa llamada La Ventolera. La compuso Ares.

Torres no tardó en recordar al compositor. Fue considerado durante mucho tiempo como el verdadero asesino. Había visto las fotos de su cadáver tras el envenenamiento que, supuesta-